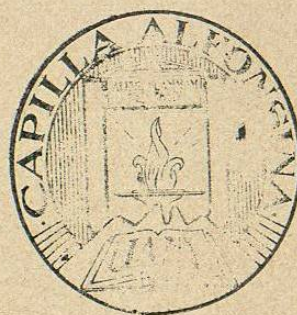


Archiduque, llegaron al palacio los mexicanos que tenían rango de ministros, ocupando un coche de media gala tirado por cuatro caballos.

El primero que bajó fué Gutiérrez, erguido, casi guapo, con la beatitud pintada en el semblante, y cuidando como á las niñas de sus ojos la encomienda de Carlos III que coruscaba en su pecho; Velázquez marchaba como agobiado bajo el manto y la casaca de gran oficial de Guadalupe; Aguilar estaba más ceremonioso que nunca y ostentaba también el traje de colorines de comendador de la orden santanista; Woll relucía con lentejuelas, cruces, collares, medallas, galones, entorchados, charreteras, cordones y plumas. Era la imagen del general americano que sueñan en Europa.

En el otro coche, que venía á la distancia conveniente, estaban Pepe Hidalgo con el uniforme diplomático que había inventado, y con las insignias de Isabel la Católica, de Pío IX, de Jerusalén, de Guadalupe, de San Silvestre y de San Gregorio, y el último de todos, Hurtado, con una modesta crucecilla de no sé qué santo, que se había agenciado frescamente y á toda prisa.

Luego, y por orden de categorías, venían veinte ó treinta mexicanos más, cerrando la comitiva dos capitanes de Puebla nombrados oficiales de órdenes del Emperador, don Joaquín Manuel Rodríguez y don Pedro Ontiveros.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



Maximiliano estaba intensamente pálido...

El salón que se improvisó para el acto de la entrega fué el dormitorio de la princesa Carlota. Introducida la diputación ya estaba de pie S. M., apoyando la mano derecha en una mesa con tapiz rojo y teniendo á su izquierda á la Emperatriz. Maximiliano estaba intensamente pálido y se apartaba la barba con movimiento nervioso; la Emperatriz se hallaba serena y tranquila. En el otro ángulo del salón estábamos las condesas de Zychy, la de Colonitz y yo, que figuraba en la nueva corte con el nombre de *Madame veuve Jecker, condesa de Miravalles*... También se encontraban allí otros personajes, tales como diplomáticos y amigos de los príncipes.

La Diputación se colocó con su presidente en el centro, rodeándole Murphy, Facio, Negrete, don Isidro Díaz y las personas de la casa del Emperador.

Gutiérrez Estrada empezó á hablar con voz clara, pero poco á poco se le fué apagando hasta volverse ininteligible en ciertos pasajes. Apenas llegaban á nuestros oídos frases como «Conquistando el amor de los pueblos habéis aprendido, Señor, el arte difícil de gobernarlos... Una princesa que no menos que por sus gracias, es ya reina por sus virtudes y por su elevada inteligencia, sabrá sin duda atraer todos los ánimos á la más perfecta unión para el culto común de la patria... Estos dos grandes principios, católico y monárquico que introdujo en México el pueblo noble y caballeresco que hizo su descubrimiento...

Las dificultades de hoy serán mañana vuestra gloria... Vuestra Alteza verá á México venturoso y respetado... El suelo volcánico de los Moctezumas...»

Cuando dijo la última frase: *Justitia regnorum fundamentum*, Gutiérrez lloraba como un chiquillo y estaba á punto de sufrir un síncope...

Maximiliano, por el contrario, se había reanimado; como si le hubieran inyectado un torrente de sangre fuerte y nueva, su languidez se había trocado en brío y en nerviosidad. Su español tudesco estaba casi exento de resabios y apenas si se le conocía el extranjerismo en su manera de pronunciar las ces, las equis y las erres. Decía *mexicanos, quecular, asecurando, gande* y otras, pero en general había hecho portentosos adelantos en el español.

Esforzó grandemente la voz al llegar á los pasajes «Nosotros probaremos, así lo espero, que una libertad bien entendida se concilia perfectamente con el imperio del orden: yo sabré respetar la primera y hacer respetar el segundo... No desplegaré menos vigor en mantener siempre elevado el estandarte de la independencia, ese símbolo de futura grandeza y de prosperidad... Concluiré, señores, asegurando de nuevo que nunca olvidará mi gobierno el reconocimiento que debe al monarca ilustre cuyo amistoso auxilio ha hecho posible la regeneración de nuestro hermoso país...»

Replicó Gutiérrez agradeciendo con toda su alma aquel dulce y solemne *sí*, y en seguida entraron un eclesiástico gordo, mofletudo, de anteojos con armadura de oro, y unos cuantos pelos en el colodrillo; un fraile francisco de aspecto marcadamente español y un sacerdote joven, guapo y con cara de muy listo. El viejo, que iba de mitra y báculo, hizo seña

al padrecito mozo, y éste abrió el libro de los Evangelios, sobre el cual Maximiliano pronunció la fórmula del juramento:

«Yo, Maximiliano I, Emperador de México, juro á Dios, por los Santos Evangelios, procurar por todos los medios que estén á mi alcance el bienestar y prosperidad de la nación, defender su independencia y conservar la integridad del territorio.»

Gutiérrez avanzó entonces hacia el centro de la sala, y alzando al cielo los ojos y empuñando el pabellón mexicano, gritó:



— ¡Amigos... saludemos á nuestro glorioso Señor...!
¡Viva el Emperador!... ¡Viva la Emperatriz!

— ¡Que vivaaaaan!

— ¡Viva el Emperador!... ¡Viva la Emperatriz!

— ¡Vivaaaaan!

— ¡Viva el Emperador!... ¡Viva la Emperatriz!

— ¡Que vivaaaaan!

Oímos el *Te Deum* que cantó el abad mitrado y en seguida presenciarnos el juramento de Velázquez y de Woll, nombrados el uno ministro sin cartera y depositario del sello imperial, y el otro ayudante de campo de S. M. El almuerzo no tuvo más incidente que un brindis que Woll nos infirió.

Salíamos del comedor, cuando vimos pasar apresuradas á las gentes de servicio.

— Se muere, decían.

— Es mortal, no hay duda ninguna... ¡Qué horrible herida!...

— En la tetilla izquierda.

— Que no lo sepa el Emperador.

— Que no lo sepa la Emperatriz.

— Padre, dele usted la absolución.

— ¡Qué espantosa puñalada!

Pasó Maximiliano bello y sonriente, aguardando nuevas aclamaciones, cuando le sorprendió aquel movimiento.

Hubo dos ó tres hurras, dos ó tres vivas, mas como na-

die podía apartar los ojos de un rincón en que la gente se aglomeraba, hurras y vivas quedáron á medio salir de las gargantas.

— ¿Qué pasa? preguntó S. M.

— Sire, respondió demudado el marqués de Corio, que mientras V. M. pronunciaba el juramento, el intendente, el jefe de la servidumbre de Miramar... se clavó un puñal en el pecho.

Maximiliano palideció hasta ponerse como la cera, luego trató de serenarse y al fin dijo sonriente:

— No es un buen augurio...

En la noche debía haber comida en honor de la diputación, y ninguno de los mexicanos se alejó ya del castillo. Pero S. M. no parecía por ninguna parte.

— Está trabajando; está ya poniendo mano en las cosas del imperio: es de una laboriosidad incansable, decía Gutiérrez.

— Está enfermo, aseguraba Arrangoiz.

— Está preparándose para las ceremonias de la noche, refería Aguilar.

— Digo que está enfermo, repetía Arrangoiz.

— Es natural, la emoción...

Una señora se acercó á Gutiérrez y le habló aparte algo que le hizo retroceder espantado.

— No es posible, decía; estaba casi buena.

Se alejó violentamente don Pepe, y á poco pudimos en-

terarnos de lo que acontecía por el ir y venir de criados de librea y de médicos más ó menos asistentes y de cámara: la condesa de Lützon, suegra de Gutiérrez, se moría á gran prisa.

La Emperatriz llegó cuando hacíamos comentarios, y llamándome aparte, me dijo:

— Prevéngale usted, porque de otro modo llevaría una gran sorpresa... Confío más en el tacto de usted que en la destreza de mis damas de honor... Es tan impresionable, que sufrió un inmenso trastorno sólo con saber que se había matado ese tunante de Tutak, escogiendo cabalmente la única hora en que no debía haber pensado en esas cosas... Prevéngale usted... Yo no puedo porque mi lugar está en otra parte; tengo que cumplimentar á la comisión y no hay á quién pueda abandonarle la tarea.

El criado me anunció con el Emperador diciendo que pretendía comunicarle cosas urgentes. Mientras volvían con la respuesta, me senté en un sillón á aguardar la resolución de S. M. Cuando iba á entrar al aposento de Maximiliano, oí que un criado le decía á otro: «Acabó.»

El Príncipe estaba echado en una silla larga, cubierto con una bata de terciopelo rameado y con un aspecto tal de tristeza, de abatimiento, de pena, de mortificación, que parecía otro hombre distinto del que acabábamos de ver sonriente y feliz, saliendo de la capilla.

— Sire, quería avisar á V. M. que... tenemos enfermo en el castillo... un enfermo de cierta gravedad.

— La Emperatriz...

— ¡Por Dios, Sire! la Emperatriz está sana y buena, á Dios gracias.

— Ella es; ella es sin duda...

— No, Sire; la enferma es una señora que por su edad, por sus achaques...

— Sé quién es: mi aya, mi vieja aya, el espíritu más alto y más recto que he conocido... ¡Pobre condesa de Lützon, pobre maestra mía!... Cuando la recuerdo, vienen á mi memoria los tiempos aquellos en que recorriamos juntos las inmensas alamedas, los campos soleados, las grutas tapadas con mirto y retama, los montes verdes y espesos... Ella me enseñó á amar lo bello, que ha sido siempre mi amor más grande; á buscar lo verdadero, que es el alimento de mi vida, y á ejecutar lo bueno, que es la razón de ser de mi alma... ¡Pobre condesa!... Gutiérrez la sentirá mucho, la ama como á una madre... ¿Ya murió?

— No, Sire; pero quizás muera pronto.

— ¡Ojalá que si está dispuesto que muera, la muerte sea siquiera mañana! ¡ojalá que no me amarguen este día sensaciones fúnebres!... ¡La muerte! ¡Qué cosa tan horrible es la muerte! Contemplarla frente á frente no es nada; sentir que nos rodea, que nos llena, que nos cerca, que nos sitia, que nos hostiga, que nos reta, es horrible... En el

mar, á la hora de una tempestad, he sentido mi pulso quieto y firme; cuando veo que caen á mi derredor los míos, cuando contemplo que hay probabilidades de que me quede solo, me siento morir... A veces despierto por las noches con el pensamiento de la muerte, y me estremezco de horror al pensar que pueda herirme traidoramente, en la cama y sin defensa ninguna... Y luego, ¡cómo me atormentan los presagios! Ese hombre que se mata, esa mujer que se muere, este día obscurecido por el horrible duelo, por la sombra maldita de la muerte... Me ocupaba ya en trabajar, en disponer lo necesario para hacer la felicidad de México, de esa tierra que cree puedo ser su redentor... Ved cómo no os engaño...

Dirigí los ojos á la mesa de trabajo del Emperador y ví grandes cartones que tenían pintados muñecos con uniformes: casacas azules, casacas rojas, casacas naranjadas, medias blancas y negras, sombreros al tres, sombreros de medio queso, quepis, espadines, chinelas, toda la indumentaria de una corte... También había muestras de botones, de plumas, de listones, de placas y de medallas.

— Gran tarea, dijo, es la que he echado sobre mis hombros; mas ¡qué remedio!... Como México sepa comprenderme... mas no sabrá; todos los pueblos son ingratos y tienen gusto en acabar con sus redentores... Dios dirá.

Se hacía tarde y por el vitral del cuarto entraba una luz tenue é indecisa, como tamizada, como triste, como

muerta. Entonces noté que el Emperador traía un gran pañuelo de seda roja que le daba varias vueltas al cuello, descendiendo las puntas hacia el pecho.

— Los pueblos son ingratos; los pueblos no saben reconocer lo que se hace por ellos... Aquí, en mi retiro, nada me faltaba: la sumisión de mis súbditos, el amor de mi mujer, la gloria de la ciencia, los halagos del arte, todo era para mí... ¿Por qué he aceptado ir á regenerar á un pueblo extraño, á un pueblo distante, á un pueblo que no conozco ni me conoce? ¡Maldita sea la ambición, maldito sea el deseo de poder, la más horrible y la más insensata de todas las furias!... Ayer todavía era tiempo de volverse atrás; hoy es imposible... La suerte está echada, y es la mala suerte...

— Majestad, le dije con cariño.

Alzó la cabeza y ví, ví claramente que aquella hermosa cabeza estaba cortada á cercén y que el busto estaba manchado de sangre que corría de la herida del cuello. En ese instante penetró un criado que llevaba unos candelabros y ya pude ver al Emperador pálido y enfermizo, pero íntegro.

— ¿Sabéis en qué me entretenía? En hacer versos. Ved los que compuse en mi rato de encierro:

¡Preciso es separarme por siempre de mi patria,
del cielo de mis dulces primeras alegrías;
preciso es que abandone con mi dorada cuna,
ya rotas, las que á ella me unen santas ligas!

La tierra en que los años rieron de mi infancia,
y del amor primero sentí el ansia infinita,
voy á dejar á impulsos de la nación, que, gracias
á vuestro anhelo, el fondo del corazón abriga.

Queréis con el señuelo de un trono seducirme
mostrándome las locas quimeras que fascinan.
¿Debo escuchar el dulce cantar de las sirenas?
¡Triste del que en el canto de las sirenas fia!

Me habláis de cetros áureos, de alcázares, potencia;
la senda que á mis ojos abris nada limita.
Preciso me es seguiros allende el Oceano,
de un mundo que yo ignoro á la lejana orilla!

Queréis tejer con hilos de oro y con diamantes
la urdimbre ya tan frágil de mi callada vida.
Pero ¿podéis, en cambio, darme la paz del alma,
ó son, para vosotros, oro y poder la dicha?

Dejadme ir descuidado por mi sendero obscuro;
en paz, entre los mirtos, dejad que alegre siga:
la ciencia me es más dulce y el culto de las Musas
que el esplendor del oro que en la diadema brilla.



El ujier anunció á la Emperatriz, que penetró en la estancia cuando Maximiliano concluía la lectura.

— ¿Y la condesa? preguntó alarmado.

— Hace dos horas que murió.

— ¡Oh, Dios mío! ¡En esta noche! ¡Qué horrible cosa es la muerte!

Y se echó á llorar silenciosamente.

La música tocaba mientras tanto el himno *Dios salve al Emperador*, que Murphy, músico en sus ratos perdidos, había compuesto para aquel día.

Al concluir el himno subió desde el Adriático una voz varonil y bella que cantó:

Massimiliano,
Non ti fidare;
Torna al castello
De Miramare.
Quel trono fracido
Di Montezuma
E nappo gallico
Colmo di spuma.
Il Timeo Danaos
Chi non ricorda?
Sotto la clamide
Trova la corda.

Todos quedamos suspensos; cuando concluyó la canción, Maximiliano se quedó con la frente entre las manos, mientras nosotras, la Emperatriz y yo, salíamos de puntillas y á toda prisa.

